

‘La fábrica de animales’ es una novela presidiaria y claustrofóbica del delincuente redimido por las letras que fue Edward Bunker. Fue llevada al cine lo mismo que otro de sus relatos, ‘No hay bestia tan feroz’, igualmente publicada en español por Sajalín

Mr. Blue y la cárcel

Narrativa

POR ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

■ Edward Bunker (Los Ángeles, 1933 - Burbank, 2003) ligó su vida a la delincuencia desde muy joven. Sus padres se divorciaron cuando tenía cuatro años y se pasó la infancia entre hogares de acogida e internados. Ingresó en la adolescencia pasando de reformatorio en reformatorio hasta acabar en prisión. Con diecisiete años se convirtió en el preso más joven de San Quintín. De nivel intelectual alto, aplicó buena parte de esa inteligencia a planear golpes que lo llevaron a entrar y salir de prisión durante buena parte de su vida. «Creo en la perseverancia por encima de todo, incluso por encima de la inteligencia», decía, y perseveró en el delito, pero no nos interesa por eso, nos interesa porque perseveró también en la escritura. En la cárcel se aficionó a la lectura y se convirtió en escritor. Las palabras de uno de sus personajes más memorables, Max Dembo, protagonista de *No hay bestia tan feroz*, pueden aclararnos algo: «La tranquilidad se convirtió en aburrimiento y soledad. Por eso me puse a escribir mi historia, lo cual ha sido un arduo trabajo».

A Bunker le rechazaron seis novelas antes de poder llegar a ver publicada la primera, pero a partir de los años setenta sus negras historias con ritmo de thriller, protagonizadas por presidiarios o expresidiarios, se convirtieron en obras de culto y le proporcionaron a su autor fama y una nueva forma de vida, además de una intensa relación con el cine: fue candidato al Oscar por su guión de *El tren del infierno*, de Andréi Konchalovski, asesoró a Michael Mann para algunas de las escenas de *Heat* y, sobre todo, participó como actor en *Reservoir Dogs*, de Quentin Tarantino, convirtiéndose a Mr. Blue en un personaje tan de culto como su propias novelas, dos de las cuales -*No hay bestia tan feroz* y *La fábrica*



Edward Bunker interpretó a ‘Mr. Blue’ (el Señor Azul) en ‘Reservoir Dogs’

de animales- fueron adaptadas al cine. Su obra entera exuda una cruda poética del fracaso y se inscribe en ese género tan norteamericano del outsider, que bebe del western, de la novela negra y de los relatos de la Gran Depresión, de John Ford, Hammett, Cain y Chandler; y también de John Steinbeck y Woody Guthrie.

Admirado por escritores como William Styron y James Ellroy, el primero, que le escribió algunos prólogos para sus libros, dice en el de *La educación de un ladrón, la autobiografía de Eddie Bunker*, que tras entrar y salir de prisión durante muchos años, intentó reinsertarse, pero no encontró ningún trabajo decente y volvió a ganarse la vida como mejor sabía hacerlo: traficando con drogas y planeando robos, hasta que volvieron a cogerlo: «Aquí podía haber terminado nuestra historia -nos dice Styron,

la de otro inadaptado engullido por la muerte en vida del castigo penitenciario, de no haber mediado la gracia salvadora del arte, ya que debemos recordar que, incluso en su vida como delincuente, Bunker trabajó afanosamente para convertirse en escritor». Resulta curioso que Bunker le dedicara esa autobiografía a su hijo, nacido en 1994: «He esperado muchos años a tenerlo para poder ofrecerle una mano mejor que la que me repartieron a mí. Estoy seguro de que jugará sus cartas mejor de lo que yo jugué las mías». Esas eran las palabras del hijo de dos productos del Hollywood de la Gran Depresión, una corista que trabajó en los musicales de Busby Berkeley y un tramoyista, ambos alcohólicos. Alguien que había nacido en el lugar que se fabrican los sueños para conocer el abandono, la inadaptación y la



EDWARD BUNKER

La fábrica de animales

► TRADUCCIÓN DE LAURA SALES
SAJALÍN, 315 PÁGINAS, 19,50 €

La novela de Bunker cuenta la historia de un joven camello de éxito que va a parar a San Quintín, donde necesitará la protección de un veterano, Earl

marginación desde muy pronto. Pero supo cambiar el rumbo y demostró ser un maestro al convertir sus experiencias en literatura de la mejor clase.

El riesgo que corren algunos escritores delincuentes, a la manera de los que José Ovejero retrata en su reciente libro -que por cierto, habla muy poco de Bunker-, es que su excitante biografía eclipse su obra literaria. Para darse cuenta de que este no es el caso no hay más que abrir cualquiera de las novelas de Bunker que la editorial Sajalín lleva unos años brindándonos: *No hay bestia tan feroz*, *Perro come perro*, *Stark* y *La fábrica de animales*. Esta última, presidiaria y claustrofóbica, apoyándose en dos personajes principales cuenta la historia de un joven camello de éxito -Ronque va a parar a San Quintín, donde para sobrevivir necesitará la protección de un veterano -Earl- que se mueve como pez en el agua en ese mundo paralelo al exterior, con reglas y modos de comportamiento propios. Earl necesita la juventud y la inteligencia de Ron para mantenerse a flote, para tener una esperanza; Ron, en cambio, necesita la experiencia de Earl para sobrevivir y también para intentar escapar del embrutecimiento de «un entorno clausturado que refleja la sociedad libre del mismo modo que el espejo de una caseta de feria refleja la forma humana: la imagen es completa, pero deformada». Ambos se necesitan para sentirse vivos en un lugar que produce animales humanos y en el que lo más probable es que se salga peor de lo que se entra; y se necesitan también para intentar huir.

Miedo a despertar

Apareció en 1977, tras ser rechazado por la censura debido a sus “tendencias antisociales”, ‘Las cuatro estaciones’ fue el primer libro de relatos de esta autora rumana, que se sirve de lo fantástico para denunciar la dimensión grotesca de la existencia en un estado totalitario

Narrativa

POR MANUEL ARRANZ

■ Si sumáramos los momentos que hemos vivido verdaderamente únicos, lúcidos, importantes, intensos, felices o desdichados, a lo largo de nuestra vida, tal vez no daría más de unas veinte o treinta horas. De manera que “si me preguntasen qué edad tengo, debería responder que unas veinte o treinta horas”. El resto es silencio. O literatura si prefieren.

Ana Blandiana es una escritora rumana que creció como escritora bajo un régimen comunista y tuvo que ingenárselas para poder publicar sus libros, es decir, para que pasaran desapercibidos, pero no del todo.

Las personas más curiosas, las que más se observan a sí mismas, son las más desvalidas y a la vez las que viven con más intensidad esos momentos en que aparentemente no pasa nada

Los regímenes comunistas y las mafias, perdonen la comparación, temen más al cine y a la televisión que a la literatura. Saben que los libros no los lee nadie, o casi nadie, y que quien los lee, generalmente ociosos inofensivos, suelen disfrutar más con «la belleza de las formas» o la «armoniosa factura» que con los contenidos, pues están convencidos de que en literatura el fondo es la forma y no los sacará ya nadie de ahí. Mejor ni intentarlo. Se equivocan. Es el cine y la televisión los que son inofensivos. Un medio que puede manipularse a voluntad no tarda en perder todo su predicamento. Todo lo que pueda tomarse como documento humano apenas deja huella ya en nosotros, un vago recuerdo a lo sumo. Lo que realmente acaba siendo un revulsivo para la conciencia es la literatura. Quizás porque la literatura se dirige a la conciencia y no meramente a los sentidos.

Ana Blandiana escribió en aquella sombría época cuatro relatos fantásticos (“lo

fantástico no se opone a lo real, es sólo su representación más llena de significados”) que leídos hoy literalmente resultan más turbadores todavía. La verosimilitud en literatura es como la lógica en la vida real: una exigencia desmesurada. A la literatura deberíamos considerarla como a los sueños. Nos inquieta, nos perturba, sabemos que hay un sentido en alguna parte, que el sentido manifiesto casi nunca coincide con el sentido latente, pero que esconde una verdad profunda e incuestionable, una verdad irrenunciable, una verdad que no es nuestra pequeña y mísera verdad de todos los días, esa que tanto se parece a la mentira, sino la verdad pura y dura, esa a la que tanto cuesta mirar a los ojos, quizás porque, como la justicia, también es ciega.

«Todo era como en un sueño», dice la protagonista en varias ocasiones, «no debí despertarme». En los sueños somos capaces de compaginar los sentimientos más opuestos, de sentirnos a la vez aterrados y felices, tranquilos y angustiados, desesperados y esperanzados. Y «ahora que me dispongo a contároslo me doy cuenta de que me he olvidado hasta lo esencial». Lo que no quiere decir que nos vaya a contar detalles anodinos, superfluos, insignificantes, eso también se le ha olvidado. Nos va a hablar del olvido quizás. O de la muerte. En una palabra: del olvido de la muerte.

Recuerdos de infancia, el último de los cuatro relatos, para mi gusto el mejor, es también el que mejor resume la peculiar re-



ANA BLANDIANA

Las cuatro estaciones

► TRADUCCIÓN DE V. PATEA Y F. SÁNCHEZ PERIFÉRICA, 224 PÁGINAS, 19,50 €

lación de la autora con la ficción que hace tan sugestivos estos relatos. Las sensaciones casi físicas que despiertan sus recuerdos, o más bien al contrario, cómo un olor, un tacto, una sensación, la devuelve su infancia, y cómo su infancia prefigura esa madurez desconsolada y a la vez serena que transmiten sus relatos.

Curiosamente las personas más curiosas, las que más se observan a sí mismas, son las más desvalidas y a la vez las que viven con más intensidad esos momentos únicos en que aparentemente no pasa nada -un gato que nos mira desde el alfeizar de una ventana, una mujer que nos sonríe, un mendigo que nos insulta- y sin embargo pasa todo. “Que no me despierte, rezaba, un poco más, que no me despierte”.